

Els dos vells articles sobre els que se'm demana un comentari em semblen ben escollits perquè indiquen una polèmica molt viva als anys 50.

L'un fou publicat a "Joc net" el juny de 1953 (una revista que varem iniciar amb en Tàpies i en Santos Torroella i de la que només en va sortir un número) i l'altre a "Inquietud" l'octubre de 1955 (revista més o menys minyo-muntanyesca de caràcter local).

La polèmica pot veure's centrada entre els dos focs que marcaven el retrobament de l'arquitectura moderna: la reivindicació dels ideals de l'avantguarda tipicament racionalista i la consideració del que s'en deia "organicisme", amb tots els additaments de l'urbanisme nuclear i "humanista" dels anglesos i de l'inefable Gaston Bardet.

Era, per tant, un retrobament amb tots els aires d'una crisi prematura.

La postura diguem-ne racionalista (manteniment d'unes reivindicacions socials i productives de caire aparentment revolucionari) desembocava a la utopia reaccionària del camp avantguardista. La postura post-racionalista (reivindicació de l'home entès com l'àtom de la família, la família com el component del barri i la parròquia i el barri com l'element constituent de la ciutat i, en últim extrem, de la regió, segons una lògica alhora nacional-sindicalista i Plà de Londres de Forshaw i Abercrombie) acabava en el reconeixement de tot allò establert per les convencions i, per tant, en el reaccionarisme de l'aparent ordenació del status quo.

Vist des d'ara tot sembla molt antiquat, inclosa la mateixa forma literària.

Però la pregunta que cal fer-nos és si a hores d'ara l'obertura d'una tercera via és prou clara i prou eficient, si el paper de l'arquitectura i de l'urbanisme no es debat encara entre alternatives semblants, amb desig d'intervenció salvífica, malgrat quedin enmasquerades per l'intent de trobar un camp específic de la disciplina, un desprendiment de les decisions col·lectives o un nou sociologisme de volada curta.

Oriol Bohigas

Un Urbanismo nuevo para una Sociedad nueva

I

La Ciudad y el Campo. He aquí dos elementos tradicionalmente enfrentados. Dos elementos en trance de desaparecer definitivamente frente al nuevo urbanismo.

La ciudad a fuerza de acumular, de centralizar, hacerse cómoda y confortable, moderna y mecanizada ha llegado a la más absurda, incómoda, inconfortable deshumanización. ¿Una ciudad para uno, dos, tres millones de máquinas perfectas, o una ciudad para unos cuantos hombres sencillos?

Y el Campo ¿es, ahora, realmente, para hombres? Un Campo deshumanizado no por exceso, sino por defecto. Deshumanizado, inhumano. Un Campo sin escuelas, un Campo sin bibliotecas, un Campo sin la mínima mecanización, con asnos y telarañas. Un Campo sin paisaje espiritual.

¿Dónde vivir, entonces?

II

No hay problema social que no desemboque en problema de urbanismo. No hay urbanismo si no está planteado sobre las exigencias materiales y espirituales del hombre.

¿Dónde y cómo vivir, entonces?

Limpiad el mundo de anacronismos, de prejuicios. Borrada pueblos y ciudades. Pensad un poco en las exigencias de la geografía. Ordenad política y económicamente una sociedad. Repartid hombres, comunidades por esa geografía maravillosa, acogedora y pensad que por encima de todo está el hombre y su primera agrupación: la familia, el hogar. (La base de un auténtico módulo urbanístico ¿no está en los 5 m.² de una cocina?). Aquí esa media docena de hombres que cultivan un campo, quizás al lado de aquel río una central eléctrica con una fábrica de tres mil obreros que vivirán allí cerca, con sus campos de esparcimiento, con sus escuelas primarias, seguramente con una escuela secundaria que utilizarán conjuntamente con otra agrupación que asoma detrás de aquellos árboles. Unos centenares de hogares, un centro comercial, una zona de industria pesada a lo lejos, aislada de viviendas. Y una red de comunicaciones, siempre atenta al hombre y a la geografía. Y unas exigencias sociales. Y un programa económico.

Un urbanismo nuevo para una sociedad nueva.

III

Un hombre, una familia: un hogar.

La primera agrupación de hogares: un núcleo veci-

nal. Una vida en común. Los niños juegan juntos en un mismo jardín. Ninguna calle atravesará el núcleo. Espacio exclusivo para peatones, para hombres.

Agrupad cuatro, cinco, seis núcleos: un barrio. Aun es posible la vida en común. Un parvulario, una pequeña escuela primaria, un jardín público, un centro comercial, una parroquia. Los vehículos sólo penetrarán en calles de ida y vuelta, los canales de circulación rodean, pero no atraviesan el barrio. El ámbito es aún del peatón.

Un elemental principio de economía exige unificar servicios. El distrito reúne tres, cuatro, cinco barrios. Ahí está, en el centro del distrito, el parque público, la escuela secundaria y la profesional, el mercado, la administración comunal. Quizás un poco a lo lejos la zona industrial, aislada pero relativamente cerca de las viviendas. Allí asoma ya una zona agrícola con sus servicios. La red viaria de tránsito lento que envolvía los barrios se canaliza ahora en las grandes vías de circulación rápida que envuelve los distritos.

Agrupad distritos. Aquí una jefatura administrativa, el centro administrativo, los grandes almacenes, la zona comercial concentrada, el núcleo recreativo, la Catedral, el gran centro deportivo, la Universidad quizás. Zonas de industria pesada. La agrupación ya no tiene otro límite que un límite puramente geográfico: la comarca.

IV

Ya no existe ni el Campo ni la ciudad. Contra uno y otra ha nacido la Ciudad-comarca. Un elemento urbanístico claramente definido, base del planeamiento de unidades superiores geográficas, económicas o lingüísticas.

De la cocina (del hogar) a la comarca, una exigencia de humanización y una profunda, fundamental preocupación económica y social. Un nuevo sentido urbanístico para ese nuevo socialismo.

ORIOLE BOHIGAS

Las ciudades de la arquitectura

Las sucesivas "refundamentaciones disciplinares" de la arquitectura, que han tenido lugar a lo largo de las dos últimas décadas, coinciden, en general, en atribuir a la ciudad carácter de parámetro determinante de la actividad de proyecto. La reivindicación del objeto, que acompaña a la recuperación de la "continuidad con el proceso histórico", ha planteado la necesidad de disponer de un espacio donde instalarlo, de forma que la "maniobra" adquiera verosimilitud.

Las teorías de la ciudad racionalista -las más radicales- después de reducir el objeto arquitectónico a sus aspectos "necesarios" -a sus atributos esenciales- lo disolvían en un proceso controlado por la lógica de la producción, donde "...el caso general, la ley, son exaltados y evidenciados, mientras que se deja al lado la excepción, se pierde el matiz, reina la medida, que obliga al caos a transformarse en forma lógica, unívoca y matemática"(1). La organización científica del ciclo productivo es la única labor encomendada al arquitecto. Un sistema perfectamente articulado de sucesivas implicaciones, permite pasar del elemento estandar a la ciudad, a través de diversos estadios intermedios, resueltos de

antemano, controlados por la "objetividad" del proceso. El objeto desaparece del horizonte teórico, tanto que entidad real; la unidad elemental abstracta -típica- adquiere sentido por su inserción en el sistema de agregación que permite a la cadena de producción alcanzar el ámbito de lo urbano. El proceso, con todo ello, suplanta al objeto, en tanto que centro de la experiencia estética.

Frente a los principios teóricos explícitos -e implícitos- en las anteriores consideraciones y ante una realidad en la que expresiones como "nueva objetividad" parecían traducir con sarcasmo -en forma de renuncia- la incapacidad del arquitecto para organizar racionalmente -en sentido capitalista- la producción, se planteaba en los cincuenta la recuperación de la Historia.

El abandono de los procesos productivos como marco en el que inscribir la construcción de la ciudad; la disociación entre el modelo teórico y la forma en que controla la producción de la realidad material; la renuncia a seguir considerando al objeto arquitectónico como un estadio intermedio de un proceso que sólo adquiere sentido en el horizonte que le proporciona la ciudad -en tanto que espacio de desarrollo del capital-, no pueden reducirse a las consecuencias de una simple opción metodológica. Del mismo modo que la aparición de la "cualidad" como criterio de valoración de la arquitectura -y del entorno urbano- no puede confundirse con, sólo, una concreta opción estética. El recurso a la Historia adquiere, por el contrario, dimensión ideológica, por cuanto al avalar una idea de ciudad definida y controlada por parámetros distintos a los que el actual grado de desarrollo del capital impone (tal es la idea de ciudad como escenario de una "sociedad" cuya estructura está definida por el consenso; o la ciudad entendida como instrumento de programación de conductas -"máquina de civilizar", dirá Quetglas- con el fin de "...cuadricular, controlar, medir, enderezar a los individuos, convertirlos, a la vez, en 'dóciles y útiles'"), falsea la auténtica naturaleza de las relaciones sociales y del rol que la ciudad adquiere en ellas, en tanto que marco físico en el que se desarrollan.

No se trata, pues, sólo, del desprestigio de un estilo o del fracaso de un modelo urbano sino de la interesada renuncia, por parte del intelectual, a aceptar las exigencias cuantitativas -y cualitativas- del ciclo de producción capitalista. Lo que, en cambio, no supone el abandono del propósito de controlar la construcción de la ciudad; por el contrario, la asunción de principios y valores característicos de la ciudad precapitalista no persigue otra cosa que refuncionalizar la figura del arquitecto, conseguir